

la Iglesia, o a la virginidad de María, o a la providencia de Dios), que desemboca en una cierta pobreza en el tratamiento, o en obviar las cuestiones reales (p. e. reducir el pecado original a la constatación de que el hombre está naturalmente empecatado —pp. 139-140— es evitar lo específico de la fe cristiana: la etiología de tal situación, que no está causada por un «error de fábrica» de Dios, y por tanto, imputable al hombre y, en este sentido, histórica).

Finalmente, se encuentran afirmaciones poco ajustadas, como que el sacramento de la Confirmación *concluye* el proceso de la iniciación cristiana (p. 284). Admira la velocidad con que se despachan temas de envergadura (p. e., en torno a la contracepción: que los métodos naturales se califiquen de ideal «ecológico» es sugerente, pero en realidad estamos ante un ideal «antropológico», que merece ser tratado con más atención). Hay temas ante los que hay que optar entre tratarlos en su totalidad, o bien como *status quaestionis*, o no abordarlos, antes que concluir sin fundamentar. Por ejemplo, no se argumenta en momento alguno por qué sea rechazable, a juicio del A., la negativa de Pablo VI en la *Humanae vitae* a la contracepción, ni se ofrecen las razones del papa. Parecen igualmente incompletas las alusiones a la autonomía de la conciencia (pp. 46-47) o a las religiones no cristianas, donde está ausente, p. e., referencia alguna al deber ético ante la verdad: cfr. *Dignitatis humanae*. Ejemplos parecidos podrían multiplicarse.

Quizá la raíz de estas deficiencias esté en la ausencia de una relectura crítica de la obra desde una óptica más abierta a otras perspectivas. El autor concluye, frecuentemente y con excesiva rapidez, posiciones no exentas de problemática —no sólo para la fe católica sino para la coherencia interna del libro—, que restan credibilidad a la pro-

pia postura que queda parcialmente invalidada.

Hay páginas bien logradas, especialmente las que analizan la situación religiosa en el mundo de hoy, y las referentes a la Teología, del Capítulo I.

J. R. Villar

Janine HOURCADE, *Pourquoi la femme?*, coédition Desclée/Bégédís, col. «Desclée/Essai», Prefacio de Louis Bouyer, Paris 1992, 146 pp., 11 X 15, 5

J. Hourcade ofrece un nuevo libro sobre el tema de la mujer, que continúa sus anteriores *La femme dans l'Eglise* (Paris 1986); *Etude anthropologique et théologique des ministères féminins* (Paris 1987) y *L'Eglise este-elle misogyne?* (Paris 1990). En esta ocasión, Hourcade centra sus consideraciones en torno a los dos grandes términos ineludibles en toda reflexión sobre el tema: la igualdad y la diferencia entre varón-mujer. Desde esta perspectiva aborda ulteriores temas relacionados con la mujer, y así ofrecer elementos de juicio para el debate actual, en el que parece haber una mayor seriedad que en años anteriores.

En efecto, asistimos a una revisión de las posiciones radicales de hace unas décadas. Hourcade se pregunta, en consecuencia, si la sustancia de la persona humana realmente es posible reducirla y condicionarla por las coyunturas sociológicas, culturales o históricas transitorias. Desde esta óptica cabe también preguntarse —nos dice Hourcade— sobre el sentido de la feminidad en el destino humano, asunto vital no sólo para el individuo sino para la sociedad entera.

Su opción es claramente, según la llama, «espiritual», o abierta a la trascendencia. Mirada la mujer desde la relación de la criatura con su Creador, se

advierte entonces la raíces de la dualidad humana. Y surge la pregunta, ciertamente audaz: ¿por qué la mujer? Una pregunta antropológica radical que se desglosa en otras: «¿Por qué la feminidad? ¿Cuál es su sentido desde el punto de vista antropológico, es decir, a la luz del hombre y de su destino? ¿Por qué reviste tan gran importancia para el proyecto y la vida de cada individuo y de la entera humanidad?» (p. 12)

Hourcade muestra conocer bien la temática. Desde este conocimiento ofrece un ensayo de respuesta que, como gustosamente reconoce, será más una «meditación» personal que una argumentación conceptualista: «En estos ámbitos tan cercanos al misterio y tan alejados del puro racionalismo, (el término 'meditación') se adecúa más que los de 'razonamiento' o 'análisis'» (p. 13).

Nos hallamos, pues, ante un libro más sugerente que apodíctico. Probablemente no sea posible, en este tema, ir más allá.

J. R. Villar

Georges HUBER, *Arrière, Satan! Le diable aujourd'hui*, Pierre Téqui éd., Paris 1992, 156 pp., 10, 7 x 18

El Autor, que ya en otras ocasiones se ha ocupado de la angeología, acomete la audaz tarea de hablar de la demonología, movido por el interés que le suscitaron en su momento las intervenciones pontificias de Pablo VI y Juan Pablo II, en torno a la acción del demonio. Como señala Mons. Ch. Schönborn en su prólogo, el libro de Huber se encuentra lejano de un clima de miedo hacia la personalidad diabólica; por el contrario, revela la confianza en el poder irresistible de Dios.

El A., buen conocedor de la tradición de la fe respecto del demonio, ana-

liza su personalidad desde la doctrina tradicional de la Iglesia, y también la explicación de santo Tomás de Aquino. Parte de una lectura teológica de la historia. Es la Providencia divina la que ordena siempre todas las cosas para alcanzar sus fines. En este caso, se trata de que la economía salvífica contempla la acción de los demonios como algo previsto para la salvación del hombre, por paradójico que pueda parecer. Pero siempre su actividad está completamente subordinada a la soberanía de Dios. Y es bajo esta soberanía como se incluye la presencia del Maligno en esta historia del mundo en que se debate la lucha entre las dos Ciudades descritas por san Agustín.

Con sobriedad y claridad, quiere dilucidar la real personalidad de Satanás, que una iconografía simbólica ha podido llevar a confundir con figuras ambiguas, dando pie a supersticiones lejanas del sentido cristiano de Dios y del mundo (lo que sucede también cuando decae la vivencia de la fe, como es fácil comprobar en algunos fenómenos pseudoreligiosos de la actualidad). Ciertamente, el A. no trata de restar seriedad a aquel a quien Jesús denominó Padre de la mentira, Príncipe de este mundo; muy al contrario, opina que la conspiración de silencio que ha caído sobre el tema de demonio en la actualidad puede ser síntoma precisamente de su mayor presencia. Pero huye de un lenguaje tremendista y falso que ignorase la omnipotencia divina y la condición creatural del demonio. Se trata, pues, de situarlo en sus justos términos. Y, en consecuencia, recuperar para la vida cristiana la actitud de serena vigilancia que el Apóstol Pedro recomienda respecto de la acción de Satanás.

El libro está bien logrado, y cumple el objetivo de presentar con brevedad y precisión lo más nuclear de la fe católica sobre la demonología. Quizá hubiera